

La batalla por las ondas: Discursos radiofónicos en El Eternauta

Battle of the Waves: Radiophonic Discourses at El Eternauta

Pablo Francescutti
Universidad Rey Juan Carlos
Móstoles, España
luispablo.francescutti@urjc.es

LIS. Letra. Imagen. Sonido. Ciudad mediatizada
Año XI, #20, 2019
Buenos Aires, ARG | Págs. 175 a 191
ISSN 1851-8931 / eISSN 2545-658X

Recepción: 21/06/2019 – Aceptación: 16/08/2019

Resumen:

Entre otras cosas, *El Eternauta*, la historieta de ciencia ficción creada por H. G. Oesterheld y F. Solano López, es la escenificación de una comunicación de crisis. En este caso se trata de la difusión urgente de información acerca del peligro que afrontan los habitantes de Buenos Aires: una invasión extraterrestre. En la emergencia planteada, la radio juega un papel oscilante, ora informando de los hechos a los sobrevivientes, ora conduciéndolos a una emboscada. Este vaivén, analizado a la luz del contexto mediático de los años '50 y de las extendidas ideas sobre el poder omnímodo de los medios, nos permite detectar percepciones ambivalentes acerca del dispositivo radiofónico y de la tecnología en general: de un lado tenemos los aparatos sencillos, positivamente connotados; del otro, los artefactos complejos susceptibles de usos opresores; y en entremedias, la radio *broadcasting*. Los hallazgos del análisis, aparte de sugerir una lectura alternativa de la obra, acreditan su valor documental para la historia social de los medios de comunicación en Argentina.

Palabras clave: *historieta, radio, invasión alienígena, comunicación de crisis, poder mediático*

Abstract:

Among many other things, *El Eternauta*, the science fiction comic created by H. G. Oesterheld and F. Solano López, is the staging of a case in risk communication. Specifically, it refers to the dissemination of information

about the danger facing a group of *porteños* (inhabitants of Buenos Aires). In the emergency caused by an alien invasion, radio plays an ambivalent role, at times providing information to the survivors, in other occasions leading them right into an ambush. Seen in the light of the media environment of the Fifties and of the widespread ideas about the overwhelming media power, its changing status allows us to detect contradictory perceptions concerning the radiophonic institution in particular and technology in general: on the one hand, we have simple and friendly devices; on the other hand, complex instruments prone to manipulation; in the middle, radio broadcasting. Our findings, besides offering a new reading of *El Eternauta*, confirm its documentary value for a social history of the media in Argentina.

Keywords: *comic, radio, alien invasion, risk communication, media power*

1. Introducción

De *El Eternauta*, obra cumbre de la historieta argentina, se ha dicho mucho. Se han encontrado en ella un alegato por la alianza de clases promovida por el frondizismo (Sasturain, 1995: 188), temores a los ensayos atómicos (Francescutti, 2007), inquietudes por la deshumanización de la vida moderna o por el armamento nuclear (Di Dio, 2013). Se ha visto en ella una premonición de la dictadura de Videla (Feinmann, 1982), y un objeto de instrumentalización propagandística por parte del gobierno kirchnerista (Francescutti, 2015). Nada se ha comentado, sin embargo, del rol de la radiofonía en el texto escrito por H. G. Oesterheld y dibujado por Francisco Solano López. Sobre este tema versará el presente artículo.

Como se sabe, *El Eternauta* es un relato de ciencia ficción por entregas, que narra conforme a los cánones realistas del cómic las peripecias de un puñado de porteños frente a una invasión alienígena que tiene su cabecera de playa en la ciudad de Buenos Aires. Los hechos ocurren en un futuro cercano (1963), en una Argentina en vías de modernización (modesto fabricante de transformadores, Juan Salvo, alias el Eternauta, es un ejemplo de ello) y consciente de su lugar subalterno en el concierto de naciones.

La primera parte de la saga se publicó a fines de los años '50, en el tránsito de la dictadura militar de la Revolución Libertadora al gobierno constitucional de Arturo Frondizi. La sociedad se hallaba dividida entre los partidarios del depuesto Juan Perón y sus adversarios. En el plano social y económico, se aprestaba a iniciar una nueva etapa de modernización tecnológica impulsada en buena medida por el capital extranjero.

En la trama de la historieta la radio interviene en ocasiones contadas, pero decisivas. En las páginas siguientes trataremos de mostrar cuánto jugo el análisis puede exprimir de esas apariciones. Primero repasaremos la historia de la radio en Argentina y los debates de la época en relación a los efectos del mensaje radiofónico, y luego examinaremos la obra publicada entre 1957 y 1959, el *remake* firmado por Oesterheld y el dibujante Alberto Breccia en 1969, y la secuela aparecida en 1976, *El Eternauta Segunda Parte*, que reunió nuevamente a Oesterheld y Solano López.

En nuestra interpretación haremos abstracción de la personalidad e ideología política de los creadores así como de la *intentio auctoris*. Nuestro análisis se ceñirá a la posición actancial del dispositivo radiofónico en el relato, a su sonoridad, a su función estructurante de la vida cotidiana de los personajes, a su imaginario. Relacionaremos los hallazgos con los debates acerca de los efectos de esta tecnología de la comunicación en las audiencias y con el contexto histórico señalado por la centralidad mediática de la radio. Por tratarse de un relato de ciencia ficción, no tomaremos sus tropos, intriga y personajes como el fiel reflejo de una realidad extratextual, sino como la dramatización del impacto imaginado de ciertas tecnologías. No olvidemos que, en los años '50 del siglo XX, dicho género se ha transformado en una caja de resonancia del malestar extendido en los países centrales por motivo del consumismo desaforado, la mecanización de la vida cotidiana y los riesgos de la tecnología de punta; y, según veremos, esta pieza creada en un país periférico no escapa de la tónica. Por esta vía confiamos en ofrecer una lectura novedosa de *El Eternauta* y a la vez identificar los miedos y esperanzas inspirados por la radio en una coyuntura de la sociedad argentina.

2. Antecedentes históricos y teóricos

2.1. Historias de la radio

La radio tiene una prehistoria, marcada por la comunicación *wireless* entre telegrafistas y radioaficionados, y una historia propiamente dicha que arranca con la implantación del modelo *broadcasting*. En este momento eclosiona “lo radiofónico”, un modo de telecomunicación unidireccional mediante ondas hertzianas entre un nodo emisor y una multitud de nodos receptores, que habilita un *sensorium* ligado a una escucha esencialmente inserta en la vivencia urbana (Fernández, 2008).

Argentina participó de ambas modalidades tempranamente. En 1920, se realizó la primera emisión masiva de un fragmento del Parsifal de

Richard Wagner, y en 1921 se constituyó el primer club de radioaficionados¹. En 1929, el Estado impulsó el *broadcasting* mediante el reparto de licencias con sus respectivas frecuencias de onda, optando por un sistema mixto de emisoras públicas y privadas. Combinando información y entretenimiento, no tardó el nuevo medio en devenir una afición de masas, atrayendo por esta razón el interés del poder en controlarlo. La dictadura del general Justo introduce la censura previa, y en 1934, sus “Instrucciones para las estaciones de radiodifusión” esbozan un intento de control político so pretexto de la defensa de la pureza idiomática (i. e. la erradicación del lunfardo de las ondas) (Vardaro, 2007:15). Las intromisiones se hicieron sistemáticas con el golpe militar de 1943. El régimen del general Ramírez pasó de prohibir las actuaciones de Niní Marshall por “atentar” contra el idioma a censurar toda noticia juzgada inconveniente (Merayo Reyes, 2007: 33). Con ese fin se instituye la Subsecretaría de Información de Prensa, que el 4 de abril de 1944 asume el monopolio de la información radiofónica.

La llegada de Perón al gobierno acelera esas tendencias; su presidencia considera prioritario dotarse de un aparato mediático que le ayude a consolidarse y a transformar la sociedad. A partir de 1946, el peronismo avanza en la cooptación de las radios privadas mediante su expropiación o traspaso a empresarios de su confianza. Las emisoras —mayormente de gestión privada y financiadas mediante publicidad— integran redes informativas, cubriendo el territorio nacional bajo dependencia de la Subsecretaría de Prensa y Difusión, con lo que esto apareja en cuanto a imposición del discurso gubernamental y silenciamiento de las voces críticas. Y en 1953, la ley 14.241 —la primera de su tipo promulgada en democracia—, organiza definitivamente los servicios de radiodifusión (Merayo Reyes, 2007:34). Los vaivenes políticos no impedirán que los años ‘40 pasen a los anales como la década dorada de la radio argentina, que reúne enormes audiencias para sus programas de tango, folklore, radioteatro y retransmisiones deportivas.

El gobierno militar establecido en 1955 deroga la ley 14.241, estatiza las radios y posteriormente pone una fracción en manos de empresarios allegados, reservando un buen número de emisoras para el Estado. La televisión, cuya primera emisión tuvo lugar en 1951, recién despegaba en 1959, cuando el gobierno de Frondizi concede licencias a tres canales privados, filiales de las cadenas estadounidenses ABC, CBS y NBC.

1 Los llamados “locos de la azotea” (por las antenas que instalaban en las terrazas de sus casas) configuraron un difuso y activo movimiento social en las décadas de 1920 y 1930, cuando el modelo *broadcasting* no estaba plenamente implantado. Sarlo (1992) rescató su imaginario técnico y sus prácticas centradas en un *know-how* relativamente accesible, atendidos por publicaciones especializadas como *Radio Cultura* o *Revista Telegráfica*.

Del mayor interés para nuestro análisis es la “guerra de las ondas” que enfrentó al gobierno de Perón con tres emisoras privadas uruguayas: radio Colonia (ubicada en la ciudad homónima), El Espectador y Carvé (situadas en Montevideo). Su cercanía geográfica con Buenos Aires facilitaba que sus emisiones fueran captadas perfectamente por la audiencia porteña (de hecho, el 90% de los oyentes de Radio Colonia eran argentinos), de modo que cuando los porteños querían conocer las versiones no oficiales de los hechos sintonizaban las cadenas orientales. La Casa Rosada, molesta por este desafío a su monopolio informativo, agravado por la plataforma que dichas radios brindaban a los opositores que tenían vedado el acceso a las radios argentinas, protestó reiteradamente ante su homólogo uruguayo por lo que calificaba de injerencia en los asuntos internos del país. Su amenaza de bombardear Radio Carve hizo que el Ejecutivo uruguayo accediera a cerrarla... por una hora, tras lo cual prosiguió con sus emisiones (Maronna y Rico, 2007: 403).

El golpe que derrocó a Perón (cubierto en tiempo real por las emisoras uruguayas, dicho sea de paso²) no modificó la situación: en los años inmediatos, los censurados por el régimen de facto marcharon a Uruguay para hacer llegar su voz a sus compatriotas: tal el caso de los peronistas Luis Elías Sojit y Américo Barrios, y del locutor Ariel Delgado, quien desde Radio Colonia difunde informaciones y opiniones que en la otra orilla del Río de la Plata no podían expresarse.

En resumidas cuentas: la sociedad que alumbró *El Eternauta* está altamente mediatizada de acuerdo a los parámetros de la época. En 1945, la tirada conjunta de los periódicos más importantes superaba los tres millones de ejemplares diarios, según el anuario de la American Society of Newspapers Editors, lo que hacía de Argentina uno de los países latinoamericanos con el mayor consumo de diarios y revistas. La prensa solo era superada en alcance por la radiofonía (en 1957 existían 58 emisoras, 17 en manos privadas, 33 gestionadas por el Estado y 8 por las universidades). Cuando sale *El Eternauta*, la televisión se halla en pañales y la radio reina en las ondas³, tanto en su modo *broadcasting* como en el modo radiotelegráfico (el vigor del movimiento de radioaficionados, representado desde 1952 por la Federación Argentina de Radioaficionados, motiva que sea declara-

2 Las emisoras argentinas también jugaron un papel en el triunfo de la Revolución Libertadora. En esas jornadas Radio Naval de Mar del Plata se autodenominó La Voz de la Libertad, y los comandos civiles tomaron varias emisoras en La Plata mientras sabotaban el alcance de las radios bajo el control gubernamental (Ruiz, 2014).

3 El alcance de la radio era amplificado por las publicaciones que anticipaban su programación, comentaban los programas y fomentaban el *star-system* radiofónico. Tal el caso de *Radiolandia*, el semanario que llegó a tirar la formidable cantidad de 450.000 ejemplares por edición en la década de los 40 (Calzón Flores, 2009).

do de interés nacional por una ley de 1950). Pero su reinado se ve empañado por episodios de censura, acusaciones de manipulación y la confusión entre servicio público y propaganda oficialista fomentada por los distintos gobiernos.

2.2. Bajo el signo de la aguja hipodérmica

La implantación del *broadcasting* coincide con el despegue de la investigación en comunicación masiva bajo la égida de la Mass Communication Research. De hecho, la expansión de la radio es asociada a la génesis de la teoría de la bala mágica o aguja hipodérmica. Esta concepción atribuye a los medios masivos una formidable potencia persuasiva, capaz de influenciar decisivamente a todo el que se exponga a ellos siquiera por un lapso muy breve; de ahí la metáfora de la aguja hipodérmica: como si de la inyección intravenosa de un opiáceo se tratase, los mensajes mediáticos penetran en el cerebro del receptor en el instante, sin que éste pueda oponer resistencia alguna y viéndose obligado a reaccionar del modo querido por el emisor.

Concebida sin sólidas investigaciones empíricas que la avalasen, influenciada por el esquema estímulo/respuesta del conductismo y definida más por sus detractores que por sus promotores, la teoría documentaba la ansiedad originada por la masividad de la radiodifusión⁴ y por su uso propagandístico a manos del nazifascismo europeo o de estadounidenses como el padre Coughlin, un cura católico que a finales de los años '30 congregaba unos 40 millones de oyentes para sus tiradas ultramontanas (Sproule, 2009).

En 1938, la “emisión del pánico” conducida por Orson Welles desde la sede de la cadena CBS de Nueva York la víspera de Halloween pareció a muchos una impactante demostración de la “aguja hipodérmica” en acción. El boletín informativo apócrifo sobre el aterrizaje de una armada marciana en Nueva Jersey —adaptación de *La Guerra de los Mundos*, novela de ciencia ficción de H. G. Wells ambientada en la Inglaterra finisecular⁵— confundió a una fracción de la audiencia⁶ al extremo de que las llamadas

4 Sconces (2000: 103) registra el rechazo que provocó la transformación de la radiotelegrafía en *broadcasting* en los radioaficionados y algunos grupos de interés. Defendían estos colectivos que se reservase el espectro radiofónico a actividades sin fines de lucro; intuían que el libre flujo de mensajes sería sustituido por una red en la cual quedarían atrapados los oyentes al servicio de poderes manipuladores. Estos temores nunca desaparecerían.

5 En la novela de Wells la radio no jugaba papel alguno, por la sencilla razón de que en el momento de su publicación apenas existía como telegrafía *wireless*. La invasión es referida por un narrador anónimo conforme a las pautas de la crónica periodística. Al darle el formato de un noticiero radiofónico, Orson Welles resemantizó la trama convirtiendo el medio en el mensaje decodificado por el público y el comentario social (el poder de la radio).

6 La asociación entre la radio y los marcianos venía de lejos. La manía con Marte que atrapó a los estadounidenses desde que el astrónomo Percival Lowell creyó ver el planeta rojo surcado por canales artificiales

de oyentes desconcertados colapsaron la central telefónica de la CBS. El incidente tuvo una resonancia mundial inmediata; si la radio podía hacer creer semejante fantasía al público de uno de los países más avanzados, se razonaba, su poder era en verdad fenomenal.

Estudios posteriores (Cantrill et al., 1940) relativizaron el impacto del sensacional programa. Las heterogéneas reacciones de la audiencia indicaban que la aceptación ciega de la “noticia” no fue generalizada (las indagaciones de Cantrill, hechas a los pocos días de la emisión y en medio del escándalo generado, no aclararon en qué medida el “pánico” declarado por algunos entrevistados no era retroactivamente imaginado por el deseo de haber participado del sonado fenómeno). Poco más tarde, Lazarsfeld (Lazarsfeld et al., 1944) mediría con mayor rigor la influencia de la radio en una campaña electoral, demostrando que su influjo persuasivo era bastante limitado, e inaugurando las llamadas teorías de los efectos débiles.

Se apuntó, por añadidura, que la teoría de la aguja hipodérmica olvidaba que la radio solo jugó un papel preponderante después del acceso de Hitler y Mussolini al gobierno (los aparatos receptores se abarataron recién en los años 30); vale decir, no coadyuvó a la toma del poder por el fascismo sino a su conservación, en todo caso. Se observó asimismo que el énfasis en el “pánico” causado por la emisión de Welles homologaba la audiencia a las multitudes concebidas por Gustave Le Bon y otros pensadores conservadores como aglomeraciones dominadas por las emociones y proclives a las reacciones irracionales.

En fin, las distintas objeciones deslegitimaron a la teoría de la bala mágica en los círculos académicos, aunque el público, los políticos y los periodistas siguieron cultivando el mito de la invasión marciana por diversos motivos. Su pervivencia favoreció la creencia en el poder omnímodo de la radio primero y de la televisión después, y en la credulidad intrínseca de las audiencias masivas.

Resulta difícil calibrar el conocimiento que en la Argentina de 1957 había de esas discusiones. Sí parece seguro que los porteños estaban al corriente de la “emisión del pánico”, habida cuenta la gran repercusión tenida por la visita de Welles a Buenos Aires, en abril de 1942, cuando, en la cúspide de su fama, vino a presentar *Citizen Kane* a un certamen cinematográfico⁷.

hizo sinergias con el movimiento de los radioaficionados. En las revistas de electrónica que estos consumían se especulaba con la captación de señales procedentes de Marte (Sconces: 2000: 102). No casualmente, algunas de esas publicaciones, especialmente *Radio News* de Hugo Gernsback, serían la cuna de la *science-fiction* —la versión estadounidense de la anticipación científica—, literatura popular concebida como material de relleno de los artículos técnicos.

7 *La Nación* del 13 de mayo de 2011 evoca esa visita al cumplirse el 70º aniversario del estreno de *Citizen Kane* en Argentina.

3. Análisis

El análisis que se detalla a continuación se focaliza en los tres momentos en que las ondas hertzianas intervienen en la primera parte de *El Eternauta*: la emisión de un boletín radiofónico sobre los hechos que anuncian la invasión; en el uso de walkie-talkies por las tropas resistentes; y el mensaje apócrifo emitido por los invasores a través de la radio (en un epígrafe aparte trataremos los ruidos de la estática que cumplen un papel importante en el desenlace). Acto seguido, contrastaremos los hallazgos con la presencia de la radio en *El Eternauta* de 1969 y, finalmente, con su doble paranormal, la telepatía, en *El Eternauta Segunda Parte*.

3.1. El boletín informativo

La radio se deja ver prácticamente al inicio de la historia relatada por el *Eternauta*, en la partida de truco mantenida en la buhardilla del chalet de Juan. El dueño de casa y sus amigos juegan acompañados de la melodía que desgrana una radio de mesa a transistores, ingrediente infaltable del espacio doméstico. En la música el protagonista reconoce “la voz despeinada de Louis Armstrong”: esta alusión a la música popular estadounidense cumple el mismo papel que la canción “Stardust” interpretada por la orquesta de la CBS en el noticiero ficticio de Welles: servir de indicio de una normalidad entendida como el disfrute de una programación dirigida al ocio, antes de ser interrumpida por el boletín relativo al inicio de la invasión.



En efecto, la canción de Armstrong cede paso a un boletín de emergencia, un género conocido por ser el heraldo de alguna explosiva amenaza al orden social. Un locutor local habla de una explosión atómica en el Pacífico (en esos años los ensayos con bombas H en la Micronesia causaron una gran alarma mundial). Informa que una nube radiactiva avanza hacia el sudoeste (vale decir, en dirección contraria a la Argentina), lo que explica la escasa alarma que causa la noticia en los jugadores. Se trata, pues, de una falsa alarma.

La partida prosigue hasta que se corta la luz y la radio enmudece. El corte del nexa que les comunica con el mundo, agravado poco después por

el silencio del teléfono, es el síntoma de que algo muy grave está pasando. En efecto, ha comenzado a caer la nevada mortal que desarticulará a la sociedad argentina. Repárese en que el acontecimiento catastrófico no es la alteración climática sino el colapso de las tecnologías de la información y comunicación.

El desconcierto en el chalet es total. La disrupción causada fuera por la nevada se ve potenciada dentro por la interrupción de la transmisión. La mudez del aparato que apuntala con sus rutinas los ritmos de la vida social disuelve el lazo que une a los presentes con la comunidad de oyentes (esto es, con la humanidad), sumiéndolos en un estado de anonimato y atomización.

Curiosamente, en este escenario de desastre el gobierno no se deja ver ni es mencionado. Su lugar lo ocupa la radio, un sucedáneo de autoridad nacional menos controvertida, en la medida en que se halla investida de la autoridad social que le otorga la función de vigilancia del entorno señalada por Robert Merton. En una sociedad donde la transmisión constante de una red de emisoras locales e internacionales representa la normalidad, la rotura de esa malla cobra ribetes apocalípticos. El derrumbe del orden social va de la mano del colapso de la institución radiofónica.

Horas más tarde, Favalli, el profesor de física que encarna los saberes prácticos de la ciencia y la técnica, se las ingenia para hacer funcionar la radio a base de pilas. Pero las estaciones han enmudecido, solo se escuchan interferencias. Recuperando el legado de los radioaficionados, el físico explora el espectro de la onda corta y capta una emisión de la BBC. Un noticiero les revela que Sudamérica ha quedado incomunicada por causa de un extraño fenómeno; tras añadir que los sabios de la Sorbona descartan que la nevada tenga que ver con las explosiones en el Pacífico, la sintonía se pierde (nótese la confianza como fuente informativa global depositada por los personajes en una cadena que todavía era el órgano del imperio británico). El locutor alerta de la posible obstrucción adrede de las transmisiones y su voz es ahogada por el ruido. Más tarde se sabrá que la interferencia responde a la estrategia militar de los extraterrestres, sabedores del rol vertebrador de las telecomunicaciones y de la indefensión en la que su falta sume a los humanos.

3.2. Walkie-talkies: una tecnología de la telecomunicación fiable

Acallada la BBC, la radiodifusión sale de escena por un largo rato. Pero las transmisiones hertzianas reaparecen en ocasión de los combates en la cancha de River: un radiotransmisor militar permite a Juan y su patrulla comunicarse con el mayor al frente de la resistencia armada.



Al posibilitar conferencias personales, el transmisor portátil se muestra como una técnica *user-friendly*, por decirlo así. Llamativamente, no se ve afectado por las interferencias enemigas que han sofocado a las grandes cadenas de radio. El análisis se siente tentado a relacionar estos rasgos positivos con la radiotelegrafía, una comunicación inalámbrica que permite el diálogo entre dos nodos y, de acuerdo al imaginario de los radioaficionados, menos susceptible a la manipulación que el modo *broadcasting*.

El radiotransmisor forma parte del escaso arsenal de los resistentes. Con estos pobres recursos se enfrentan a una parafernalia abrumadora que combina armamentos sofisticados y medios de comunicación masiva. Además de neutralizar las transmisiones humanas, los invasores controlan a la distancia a una tropa abigarrada de cascarudos, gurbos y hombres-robots (prisioneros con el “cerebro lavado”). Todos ellos son manejados desde los teclados de los Manos, la oficialidad del ejército invasor, en una suerte de telepatía en modo *broadcasting*. He aquí dos tecnologías en pugna: de un lado, walkie-talkies; del otro, aparatos similares a los controles remotos con botoneras que en la vida real se multiplican por doquier.

3.3. La celada

La radiodifusión retorna al final para desempeñar un papel crucial en el desenlace. Militarmente desarbolados, los supervivientes regresan a la casa de Juan. De golpe, un sonido extraño y chirriante baja de la buhardilla. Sobrecogidos, suben la escalera y con infinito alivio descubren que se trata de la olvidada radio, que ha vuelto a funcionar gracias al electrogenerador del chalet. Favalli mueve el dial y, pese a las interferencias, capta un mensaje (“atención, atención, atención”) que se repite en otras lenguas en distintas frecuencias.

En ese trance de total desesperanza, la radio vuelve a constituirse en nexo vital: comunidad de oyentes y humanidad se solapan. “Las únicas pruebas que teníamos de que en algún lugar se estaban organizando eran las trazas luminosas de los proyectiles teledirigidos y la explosión de la bomba atómica, y de pronto nos habíamos encontrado con una prueba más concreta, una prueba irrefutable: la transmisión de la radio demostraba que no estábamos solos”, recuerda el Eternauta.



Los personajes adjudican a la radio la facultad de certificar la realidad: solo cuando los hechos son validados por ella se convencen de su existencia. Sin embargo, en una ocasión esa confianza se ve defraudada. Lo comprobamos cuando un desconocido locutor informa de la destrucción del cuartel enemigo en Plaza Congreso. Al atribuirlo a los misiles atómicos disparados por los potencias del Norte, ignora la responsabilidad de los resistentes en esa hazaña, provocando su impotente protesta en la buhardilla. Pero este error no basta para destruir la confianza depositada en la radiodifusión.

Tras una angustiada espera se escucha el resto del mensaje. Un comité unido de emergencia del Hemisferio Norte anuncia el contraataque humano y la apertura de zonas liberadas. Se insta a los supervivientes a dirigirse de inmediato a ellas para engrosar las filas del ejército libertador. Sigue una larga relación de las zonas disponibles en cada país y sus coordenadas geográficas (a los porteños se les asigna una próxima a la ciudad de Pergamino). La puntillosa precisión de esas referencias vence las últimas reservas de Juan: “¡Ahora sí hay que creer, Fava! Tiene que ser cierto, de otro modo no lo dirían con tanto detalle”. La retórica de las cifras, ese viejo recurso periodístico para aparentar objetividad, ha terminado por persuadirlos.

Un dato relevante: Juan y los suyos se preparan para partir en un camión cuando la radio vuelve a transmitir: el susodicho comité ha resuelto que Mosca, el periodista que integra el grupo, presida con poderes absolutos el santuario de Pergamino. No tardarán en descubrir que se trata de una broma montada con un magnetofón por los más jóvenes del contingente. La burla que se quiere inocente presenta un matiz ambiguo, pues al tiempo que humaniza a la radio con un toque humorístico afirma su capacidad para el engaño.

Pronto esa capacidad será ejercitada con terrible eficacia: al aproximarse con su vehículo a Pergamino, los conductores comprenderán que la radio les ha conducido a una emboscada. En un ardid maquiavélico, los invasores han fraguado el mensaje-cebo que atrae a los últimos supervivientes a la encerrona definitiva. Con este bucle radiofónico finaliza la aventura: la tecnología que puso a los humanos en alerta de la invasión a la poste favorece el triunfo de ésta.

3.4. Los sonidos de la radio

En esta historieta los sonidos radiofónicos resultan fundamentales. La música ligera de la radio connota la tranquilidad y distensión de la situación inicial. Por momentos, el protagonismo recae en las voces que salen del aparato, en las palabras de locutores anónimos que se adivinan argentinos, y después británicos, y finalmente en el Babel de mensajes en distintos idiomas que expresan la globalización de la crisis. Mención aparte merecen los ruidos que parecen producto de la estática, pero pronto se revelan interferencias intencionales (en aras de un mayor realismo, Solano López renuncia a representarlos con onomatopeyas o “globos” de diálogos; son las palabras del Eternauta las que describen sus características). Como en una película de terror, las interferencias perturban, distorsionan el mensaje radiofónico y acentúan la incomunicación de los oyentes, alcanzando su clímax en la escena de la buhardilla. Anticipando al televisor hechizado de *Poltergeist* (T. Hooper, EEUU, 1982), el aparato de radio —ahora manipulado por los invasores— se activa por su cuenta y emite ruidos tan desaforados que, en la planta baja, Salvo y los suyos sospechan —y no se equivocan— que el enemigo se ha metido en casa (súbitamente, el hogar se ha tornado un espacio siniestro). Puede decirse que la diversidad sonora acentúa el protagonismo de la radio en la trama.

3.5. El Eternauta de 1969

En esta versión la radio cumple un papel similar al observado en el texto original, con ligeras variaciones. De entrada se nos dice que Juan, que en la obra anterior fabricaba transformadores, ha pasado de armar radios a construir televisores. La modificación ilustra el paso de la relevancia del primero al segundo medio (en la Argentina de 1969, la televisión ha adquirido una posición dominante en el sistema mediático). Enfatizando la importancia de la pequeña pantalla, Juan confiesa, en un raptó de complacencia, que “si me diera por ir a *Si lo sabe cante* cantarí *Ding Dong* de Leonardo Favio”, en referencia al concurso televisivo de canto.

Al inicio, en vez de Louis Armstrong, en la radio canta Palito Ortega (el jazz estadounidense cede su lugar al pop autóctono: un indicador de la nacionalización de la radiofórmula local). En el boletín que corta la canción no se alude a ensayos nucleares sino al inquietante “silencio radial” de las bases antárticas, algo que los expertos asocian a los platillos voladores. El informativo da paso a un tema musical y un apagón cancela la transmisión. En los cambios reconocemos, por un lado, la remisión del miedo a los tests nucleares atmosféricos (prohibidos desde 1963 por un acuerdo internacional), y, por el otro, la popularidad mediática del fenómeno OVNI en los

años '60, alcanzada de la mano de ufólogos como Fabio Zerpa, entre otros.

Inopinadamente, la radio vuelve a funcionar. El entrecortado comunicado de un comandante en jefe provisional de identidad imprecisa les notifica que se ha producido un ataque extraterrestre y de que Estados Unidos y la Unión Soviética (en una reedición futurista del Pacto de Munich, n. d. a.) han resuelto entregar Latinoamérica al invasor venido del espacio con el ánimo de apaciguarlo. Y finaliza con un llamado numantino a resistir la agresión. Más tarde se amplía la información; se habla de focos de resistencia en Chile y Brasil, y se acusa al enemigo de librar una guerra de exterminio.

Que el enunciador sea un comandante en jefe sonaría familiar al lector de la época, habituado a escuchar proclamas similares con motivo de asonadas golpistas; aquí, en un inusual giro político, el jefe militar exhorta a combatir un ataque contra Latinoamérica (resulta tentador ver en este discurso la concreción del deseo de una radio al servicio de un líder más preocupado por defender a la nación de enemigos foráneos que de apoderarse del poder interno; un deseo ausente en *El Eternauta* de la década anterior).

Las alusiones a la televisión, el lamento de Juan por la falta de periódicos, el tocadiscos que suena en la casa vecina y la trampa tendida sin intervención de la radio (nuestros héroes caen en ella confundidos por carteles engañosos) restan protagonismo al dispositivo radiofónico; un dato que podemos relacionar con un hecho extratextual: el peso menor de la radio en la constelación mediática de los años '60.

3.6. El Eternauta Segunda Parte

La secuela de la invasión ambientada en 1963 nos traslada a un futuro lejano. En la pampa post-apocalíptica que se extiende sobre el antiguo emplazamiento de la ciudad de Buenos Aires (borrada del mapa por una explosión atómica en la primera parte) una fauna mutante convive con los descendientes de los porteños, devueltos a la edad de piedra bajo el yugo vigilante de los invasores.

Esa sociedad cavernícola maneja una tecnología rudimentaria, como le cuadra a cazadores-recolectores. Mitiga esa desventaja la extraordinaria facultad comunicativa del Eternauta. Inexplicablemente, Juan ha adquirido el don de la telepatía y se vale de él para dialogar con un único interlocutor: un invasor simpatizante con los humanos. Gracias a él, puede conocer los designios del enemigo y atajarlos a tiempo.

Se incorpora aquí un tópico habitual en la ciencia ficción de los años '40 y '50. Repárese que, en los albores de la investigación parapsicológica en las postrimerías del siglo XIX, a la telepatía se la denominaba “radio mental”

(Luckhurst, 2002). Haciendo una analogía con la radiotelegrafía, se especulaba que el cerebro, asimilado a una antena emisora y receptora, genera “ondas cerebrales” que transmiten imágenes y pensamientos. La telepatía era vista con buenos ojos, pues se creía que facilitaría una comunicación plena con el prójimo, con repercusión benéfica en la sociabilidad. En los años ‘50, la percepción cambia de signo: se teme el uso que el espionaje o los regímenes totalitarios podrían hacer de su poder de penetración en la conciencia individual (sus estragos son visibles en los hombres-robots de la primera parte de *El Eternauta*). En este argumento prima la mirada positiva: esta telecomunicación punto a punto permite al héroe anticipar los movimientos de los invasores y gozar de cierta ventaja frente a la superioridad tecnológica de estos.

4. Conclusión: la radio, personaje ambiguo y esencial

En el recorrido efectuado el papel determinante de la radio en la intriga se aprecia con nitidez: gracias a sus transmisiones, los protagonistas se enteran de que la nevada en Buenos Aires es un fenómeno global; cuando aquellas enmudecen, se ven aislados del resto del mundo; mediante el retransmisor portátil pueden coordinar la resistencia; por creer en sus anuncios caen en la trampa.

En términos narrativos, la radio se comporta como el falso héroe o traidor de Propp, figura a caballo del auxiliar y el oponente en el esquema de Greimas: un personaje que parece adscrito a la esfera de la adyuvancia que luego demuestra ser un oponente. Su importancia se hace más notoria si vemos que, en un plano semántico profundo, el conflicto se reduce a la oposición entre comunicación e incomunicación. Los invasores simbolizan la entropía en el sentido definido por la cibernética de primer grado: pérdida o desorganización de la información. De ahí el afán desesperado de los sobrevivientes por comunicarse con sus vecinos, con los demás porteños, con el resto de la humanidad, con los Manos incluso; de ahí la significativa mudez de los hombres-robot (la fuerza entrópica que les subyuga les ha privado de la palabra, de la capacidad expresiva); de ahí que la victoria simbólica que representa el diálogo con el Mano liberado de la glándula del terror; y de ahí que, en buena medida, la lucha se resuelva en el terreno de la comunicación. En su calidad de tecnología de la comunicación, la radio desempeña en la contienda un rol primordial y ambivalente, al principio jugando a favor de los humanos y al final decantándose por los alienígenas.

La emergencia desnuda la relevancia del dispositivo radiofónico en la estructuración social. Banda sonora del cotidiano, sus sonidos sirven de

barómetro de la normalidad. La ley de la jungla que sobreviene deriva en parte de la ruptura del vínculo entre la radio y su audiencia. El espectro hertziano se torna un campo de batalla tan decisivo como las calles en las que chocan los contendientes. Y en el combate la radio participa investida de la confianza social en su potestad para levantar acta de la realidad, confianza que al final traiciona. El veredicto es inequívoco: los humanos pierden por fiarse del discurso radiofónico.

La escenificada versatilidad de la radio para informar y desinformar — aparte de los ostensibles paralelismos con la “emisión del pánico”— conecta *El Eternauta* con los debates teóricos mencionados al inicio del artículo, debates que en las circunstancias argentinas pasaban necesariamente a través del prisma de la “guerra de las ondas” y de la pugna por el control del sistema nacional de radiodifusión. En el cronotopo de la historia analizada, la radiofonía se presenta como una pieza esencial de la cotidianidad y la domesticidad, sin que por ello desaparezca el miedo a su poder manipular dentro y fuera del hogar. Resulta analíticamente imposible determinar en qué grado tales percepciones reflejan las posturas de los autores frente a los hechos históricos mencionados; sí es innegable la conciencia del valor estratégico de la radiofonía en circunstancias de crisis nacional así como de su aptitud para la instrumentalización persuasiva.

En las piezas examinadas se esboza un imaginario de la telecomunicación con su correspondiente axiología: la telepatía es positiva cuando ayuda a contactar con aliados o amigos; negativa cuando subyuga voluntades (no es casual que la negatividad se asocie a la manipulación telepática en modo *broadcasting*); la radiofonía es buena cuando une e informa, y mala cuando engaña. La polaridad remite a la oposición más general que enfrenta los artefactos simples y manejables (los trajes aislantes caseros, el walkie-talkie, las armas manuales, las soluciones “atadas con alambre” del ingenio criollo...) a la tecnología compleja y negativamente connotada (los instrumentos de telecontrol, los lanzarrayos, el control del clima, las armas nucleares “amigas”...); en otras palabras: la oposición entre los saberes técnicos de autodidactas e intelectuales subalternos y la tecnociencia constituida en la Guerra Fría por la confluencia del Estado y las grandes corporaciones de la I+D. Lo radiofónico se sitúa a entremedias de esa oposición.

Se reafirma, por consiguiente, la participación de la saga de *El Eternauta* de las dudas en el progreso científico y la alta tecnología cristalizadas en la cultura occidental a finales de los años ‘50, observada en trabajos anteriores. A los recelos en la energía atómica, las técnicas de persuasión y el armamento avanzado señalados en otros análisis, nuestra interpretación

añade las aprensiones identificadas sobre el dispositivo radiofónico y las telecomunicaciones en general. Entendemos que estos hallazgos, aparte de enriquecer la lectura de la obra, convalidan su valor documental para la historia social de los medios en Argentina.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Calzón Flores, F. (2009). Radiolandia en los cuarenta y cincuenta: una propuesta de entretenimiento. En *Actas de las XII Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia*. Bariloche: Universidad Nacional de Comahue.
- Cantril, H., Gaudet, H. y Herzog, H. (1940). *The Invasion from Mars*. Princeton: Princeton University Press.
- Di Dio, P. (2012). Aventuras éticas y epistemológicas en un viaje sin retorno: *El Eternauta* de H. G. Oesterheld y F. Solano López. *Hispanic Research Journal* 13(2), 131-148.
- Feinmann, J. P. (1982). La nieve de la muerte cae sobre todos. *Súper Humor*, 21.
- Fernández, J. L. (2008). *La construcción de lo radiofónico*. Buenos Aires: La Crujía.
- Francescutti, P. (2007). De vuelta al futuro con El Eternauta. *Punto de Vista* 87, 13-18.
- (2015). Del Eternauta al Nestornauta: la transformación de un icono cultural en un símbolo político. *CIC Cuadernos de Información y Comunicación* 20, 27-43.
- Lazarsfeld, P.; Berenson, B. y Gaudet, H. (1944). *The People's Choice*, New York: Duell, Sloan and Pearce.
- Luckhurst, R. (2002). *The invention of telepathy, 1870-1901*. Oxford: Oxford Univ. Press.
- Maronna, M. y Rico, C. (2007). La radio en Uruguay. En A. Merayo Reyes (Ed.) *La radio en Iberoamérica. Evolución, diagnóstico y prospectiva* (pp. 394-416). Sevilla: Ediciones Comunicación Social.
- Merayo Reyes, A. (2007). *La radio en Iberoamérica: evolución, diagnóstico, prospectiva*, Sevilla: Comunicación Social Ediciones y Publicaciones.
- Ruiz, F. (2014). *Guerras mediáticas: Las grandes batallas periodísticas desde la Revolución de Mayo hasta la actualidad*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Sarlo, B. (2004). *La imaginación técnica. Sueños modernos de la cultura argentina*. Buenos Aires: Nueva Visión.

- Sasturain, J. (1995). *El domicilio de la aventura*. Buenos Aires: Colihue.
- Sconces, J. (2000). *Haunted media: electronic presence from telegraphy to television*. Durham: Duke University Press.
- Sproule, J. M. (1989). Progressive propaganda critics and the magic bullet myth. *Critical Studies in Mass Communication* 6(3), 225-246.
- Vardaro, A. (2007). *Censura radial del lunfardo, 1843-1999*. Buenos Aires: Dunken.

Pablo Francescutti nació en Rosario (Argentina), donde se licenció en Antropología Sociocultural, y posteriormente se radicó en Madrid, donde alternó el periodismo con sus estudios doctorales en sociología. Actualmente es profesor titular de la Universidad Rey Juan Carlos de Madrid, donde combina la docencia y la investigación. Miembro del Grupo de Estudios de Semiótica de la Cultura (GESOC), liderado por el catedrático Jorge Lozano, y del Grupo de Estudios Avanzados de la Investigación (GEAC), dirigido por el catedrático Enric Saperas, ha dirigido seis proyectos y contratos de investigación, y formado parte del equipo investigador de otros nueve proyectos competitivos. Ha publicado once libros y monografías académicas, además de decenas de capítulos de libros y artículos en revistas indexadas. Sus líneas de investigación son la comunicación social de la ciencia, el discurso periodístico y la semiótica de la imagen.